LUCAS
CASANOVA



金色の傷跡

LA CICATRIZ DORADA

Una novela budista sobre el arte de sanar

Planeta

LUCAS CASANOVA

金色の傷跡

LA CICATRIZ DORADA

Una novela budista sobre el arte de sanar

Ilustraciones de Flor Kaneshiro

Planeta

ÍNDICE

Nota del autor 13
¿Cómo vamos a hacer este camino juntos? 17
¿Qué es sanar? 19

PARTE UNO: REFUGIO

Ryūkaze-ji • 竜風寺. El monasterio del
Dragón del Viento. 23
Okayu • お粥. El arroz caldoso que reconforta 26
Gyokuro • 玉露. El té que sabe a algo sin nombre . . . 30
Hanasaki • 花咲き. La flor que aún no floreció 34
Sora • 空. Cielo (Los pensamientos como nubes) . . . 38
Ryū • 竜. Dragón (Las emociones como viento) 44
Michi • 道. Camino (El camino en espiral) 50
Tu refugio 57

PARTE DOS: MOSAICO

Yoake • 夜明け. Amanecer (El derecho a sanar) 63
Koke • 苔. Musgo (La aceptación) 74
Kakera • 欠片. Fragmento (La compasión) 85
Ishi • 石. Piedra (La escucha) 95
Tsubasa • 翼. Alas (El alivio). 106
El día que quise irme (entre el quinto y el sexto día) . . 116
Tane • 種. Semilla (El compromiso). 127
Tegami • 手紙. Carta (La acción). 139
Ame • 雨. Lluvia (La reparación). 150
Hanabira • 花びら. Pétalo (El perdón) 162
Heian • 平安. Paz (La paz) 175
Tu mosaico 188

PARTE TRES: CICATRIZ

Hai • 灰. Cenizas (La quema de la carta) 193
Nagori • 名残. El no querer irse (La despedida) 200
Mado • 窓. Ventana (En el tren) 204
Kin • 金. Oro (Palabras finales) 209

El Camino del Dragón del Viento 213

Agradecimientos 219
Qué hacer si necesitás más. 221

PARTE UNO

REFUGIO



Un refugio es el lugar donde finalmente podés descansar. Donde estás a cubierto de lo que te pesa, aunque sea por un rato. Puede ser un lugar, una canción, un libro. Este es el nuestro.



RYŪKAZE-JI

El monasterio del Dragón del Viento

竜風寺

Llevo dos horas caminando bajo la lluvia y mis pies ya no sienten nada.

No sé si es el frío o si soy yo que dejé de sentir antes de subir a ese tren. Antes de salir corriendo. Antes de todo.

El paraguas se rompió en el andén de Osaka. Lo tiré contra el suelo con rabia, como si la culpa fuera de él, y lo dejé ahí —roto, inútil—, al igual que dejé tantas otras cosas.

Cada gota de lluvia me aplasta un poco más hacia la tierra. Me pregunto si sería tan terrible quedarme quieto, dejarme caer debajo del primer árbol que encuentre y esperar a que todo pare. El ruido. Los pensamientos. Esa voz que no deja de decirme que lo arruiné, que lo sigo arruinando, que lo voy a arruinar siempre.

«Que la tierra me trague», pienso. Pero la tierra no coopera.

En el pueblo me dijeron que el monasterio estaba detrás de aquella colina, entre las dos montañas. Me lo señalaron con paciencia, probablemente preguntándose qué hace una persona tan joven y tan empapada cargando una mochila a esta hora de la noche.

Yo también me lo pregunto.

El sendero cruza un arroyo y se adentra en la oscuridad. Mis dedos están entumecidos y doloridos por la humedad. Mis medias están mojadas. Esta primavera japonesa es un chiste.

Y entonces, en el próximo claro, lo veo.

El monasterio de Ryūkaze-ji se recorta contra el cielo oscuro como algo que existió siempre, como si la montaña lo hubiera parido. Las estructuras de madera oscura con techos curvados hacia arriba. Las ventanas con luz adentro. Una luz pequeña, real, cálida.

Algo en mi pecho se afloja apenas un poco.

Me engancho con una rama, las espinas de un arbusto me desgarran la palma y grito —no muy fuerte, pero sí con todas las ganas—, y pateo el suelo pedregoso como si tuviera cinco años. La vergüenza llega inmediatamente después. ¿Quién soy? ¿Qué estoy haciendo acá?

Una luz se enciende dentro del monasterio.

Me quedo quieto. Me duele la mano. Me arden los ojos de ese llanto que no termina de salir. Cuántas veces en estas últimas semanas intenté llorar de verdad y no

pude. Las lágrimas se quedaron atascadas en algún lugar entre el pecho y la garganta, quemando.

Doy los últimos pasos hacia el gran portón de madera tallada. Un dragón esculpido en el centro del portón —alas extendidas, boca abierta, ojos vacíos que sin embargo me miran— parece moverse cada vez que un relámpago ilumina el cielo. Una campana de bronce cuelga de un cordón rojo.

Los cerezos que rodean el monasterio están repletos de brotes a punto de estallar, sacudidos por la intensa lluvia. Todavía no han florecido. Están esperando. Un rayo violáceo corta el cielo en dos y un terrible estruendo se descarga sobre la tierra, trayéndome al presente.

Extiendo la mano hacia el cordón rojo.

Antes de que pueda moverlo, la puerta se abre.

Y una mano pequeña, de dedos finos, aferra el cordón con dos dedos, impidiéndome que lo mueva. Por unos segundos estamos los dos tomando el cordón de seda roja, hasta que nuestras miradas se encuentran.

Un monje. Muy pequeño. Con los ojos más despiertos que he visto en mi vida.

—Te doy la bienvenida al monasterio del Dragón del Viento, visitante —dice, haciendo una reverencia.

OKAYU

El arroz caldoso que reconforta

お粥

No sé por dónde empezar. Quiero hablar, pero la voz me sale entrecortada. Siento el dolor desgarrándome con cada respiración. Al mismo tiempo, tengo miedo de poner en palabras lo que estoy sintiendo, porque creo que si le pongo nombre, puede volverse completamente real e imposible de evitar.

Tomo aire y abro la boca. El monje levanta su mano derecha. Dedo índice en alto.

—No —dice.

—¿No qué? —pregunto.

—No me digas nada —responde, mientras me pide que lo siga por los pasillos en penumbra. Agradezco el gesto en silencio.

—¿No quiere saber por qué estoy aquí? —pregunto, mientras me saco la mochila de la espalda.

—Dejá tus zapatos aquí, tu equipaje allí y tu abrigo

colgado en ese lugar. Y tomá esta manta, que debés estar helándote —dice, señalando con la palma abierta hacia el interior del monasterio.

Sigo sus instrucciones lo mejor que puedo. El monje seca el agua que gotea de cada objeto que dejo. Le vuelvo a preguntar:

—¿No quiere saber por qué estoy aquí? —Me detengo en el pasillo, mirándolo con extrañeza.

—No es relevante —dice, mientras abre la puerta de la cocina—. Estás aquí, en una noche de lluvia, a altas horas de la madrugada. Claramente no necesitás asistencia médica y no creo que te hayas perdido en este bosque.

—Pero ¿cómo me va a ayudar si no le cuento lo que necesito…? —No puedo terminar la frase.

—Nadie puede ayudarnos, sino nosotros mismos. Estoy feliz de tu llegada al monasterio y te recibo con alegría, pero aquello que has venido a buscar no lo encontrarás por contarme algo —dice, mientras calienta una buena cantidad de algo que parece una sopa espesa.

Después de un momento, sin dejar de calentar el caldo, continúa—: Una vez alguien me recibió de la misma manera. Sin preguntas. Estoy devolviendo lo que me dieron. Los monjes que construyeron este lugar enseñaban el zen que aprendieron aquí. Yo enseño el budismo que vivo yo. No es lo mismo.

—No puedo más. —Las palabras salen más rotas de lo que quiero—. Vine a pedir refugio. No puedo seguir ahí afuera. No sé cómo se sigue.

Me miro: la ropa empapada, la palma abierta por las espinas, los dedos de los pies asomando por los agujeros de las medias mojadas. Me falta el aire. Si digo una palabra más, voy a temblar.

El monje sigue mi mirada con la suya. Con vergüenza, cubro los pies con un extremo de la manta.

—Es un gran honor que hayas pensado en este sitio como un lugar seguro, pero en los monasterios zen no ofrecemos ese tipo de asilo —dice. Y agrega—: No te preocupes, no te echaré a la calle, pero te haría un favor muy flaco si te ayudase a huir del mundo en vez de ayudarte a ganar herramientas para enfrentarte a él.

Algo se me debe notar en la cara porque pone una mano sobre mi hombro.

—Quedate aquí durante algunos días y te prometo que te ayudaré a sanar tus emociones, esta herida que te está haciendo sufrir en este momento.

—¿Y cómo sabe que mi herida está adentro? —pregunto.

—El sufrimiento es dolor mental, es la opinión que tenemos frente a lo que la vida nos depara. La vida duele, pero el dolor es información, como cuando la llama de una estufa te quema la mano en un descuido… En cam-

bio, el sufrimiento es lo que opinamos sobre nosotros por habernos quemado —responde el monje, mientras agrega un poco de salsa de soja en el caldo y revuelve con cuidado.

Había venido para desaparecer del mundo. Y ahora esto. Me quedo mirando el caldo.

—¿Qué es esto? —pregunto cuando tengo el plato delante de mí.

—*Okayu*, visitante. Te ayudará a recuperar el calor en el cuerpo. Comé —dice, entregándome una cuchara de madera.

Al saborear el *okayu*, siento cómo la sopa va calentando mi cuerpo poco a poco, y cómo los sabores salado y dulce se funden en mi boca. Y algo más: por primera vez en semanas, alguien me está cuidando. Sin saber nada de mí. Sin pedirme que explique.

GYOKURO

El té que sabe a algo sin nombre

玉露

Al terminar el plato, coloca sobre la mesa un hervidor de hierro y un pincel plano. Me sonríe y me anima con ambas manos a usarlos, pero no entiendo cómo.

Sin decir palabra, vierte un poco de agua caliente en mi cuenco y, con el pincel, despega los restos del *okayu*. Luego vierte el contenido del recipiente en una jarra de cerámica, sin desperdiciar una sola gota del líquido resultante.

—Para el agua de riego —dice—. Todo vuelve a la naturaleza.

Comienza a calentar agua para hacer té y prepara todos los utensilios sobre la mesa. Después agrega:

—Aquí nada se desperdicia, todo se transforma en otra cosa, y cada acción se realiza con atención y dedicación. Mientras estés aquí, seguirás el camino del zen… entre otros, ahora que lo pienso.

Asiento con seriedad. Afuera ya ni siquiera sopla el viento en el valle. Adentro, solo la tetera.

—No estés triste; todo muere, todo es temporal e impermanente, incluso este milenario templo —dice mientras destapa un frasco de cerámica con un fragante té verde—. La belleza de lo efímero reside en que nos invita a apreciar y valorar cada momento que vivimos. Si este lugar fuera eterno, quizás no lo valoraríamos tanto. La impermanencia nos recuerda que cada instante es único e irrepetible. En el budismo lo llamamos *anicca*.

Mientras el agua caliente libera las hojas arrolladas que se abren como flores en el fondo de la gran tetera de hierro azul, dice:

—El mejor té para vos: *gyokuro*. —Y agrega en voz baja—: Este té crece distinto a los demás. Las últimas semanas antes de la cosecha lo cubrimos con sombra. Sin sol directo, la planta desarrolla algo diferente adentro. Algo que los que crecen a plena luz no tienen.

No puedo dejar de mirar, hipnotizado, cómo el té parece vivo. Las hojas se mueven como algas en el agua tranquila de un estanque. El trance se rompe cuando el monje pone la tapa en la tetera.

Vuelve a la mesa con una pequeña taza de barro negra en una mano y otra que es una verdadera obra de arte. Nunca había visto nada así.

Con cuidado, la tomo en mis manos. Tiene unos dragones verdiazulados que parecen a punto de moverse. Al girarla sobre sí misma, danzan en el aire con sus miradas penetrantes, rodeando la taza en un movimiento circular. El verdiazul contra el blanco brillante de la porcelana. El borde, una línea dorada finísima. No tiene asa, como las tazas de té tradicionales.

El monje sirve el té en las dos tazas y extiende su mano con esa pequeña maravilla hacia mí.

—Aprendé a apreciar el presente, a encontrar la belleza en lo que es temporal y a dejar ir lo que ya no está. Esa es una de las enseñanzas fundamentales del zen —continúa mientras sostiene su taza con ambas manos, contemplándola con atención.

Doy el primer sorbo. Es un té que jamás había probado antes. No resulta amargo como otros tés verdes; parece una mezcla de flores y hierbas con un sabor naturalmente dulce.

Terminamos la taza de té en silencio y el monje se levanta lentamente.

—Ahora es tiempo de descansar y prepararnos para un nuevo día. Mañana comenzaremos a explorar las enseñanzas del budismo y la práctica de la meditación. Recordá: la impermanencia no es motivo de tristeza, sino una invitación a vivir plenamente cada momento.

Me quedo en la cocina, con la taza de dragones entre las manos. Contemplo sus dibujos y acaricio su textura

sedosa. En un rincón, un gato duerme sobre los sacos de arroz. «La belleza de lo efímero», pienso. No sé si lo entiendo. Que todo sea impermanente, que todo pase. Lo que traigo adentro no parece que vaya a pasar: parece algo que no se va a ir nunca, algo que va a dejarme marcado para siempre. El gato respira despacio. La taza todavía está tibia. Por ahora, eso alcanza.

Cuando el monje asoma la cabeza por la puerta de la cocina y me dice que mi habitación está lista, me levanto de la mesa y lo sigo por los largos pasillos. Los hombros, a cada paso, pesan un poco menos.